

Ad hoc (Ad hoc)

No hay nada más serio que esta locución adjetiva utilizada por los juristas para decir que un funcionario administrativo, un comité de expertos o una reunión plenaria son los idóneos. Pero cada vez que leo que Fulanito es la persona *ad hoc* para hacer esto o lo otro, no puedo evitar imaginármelo como Haddock, el capitán marino de las aventuras de Tintín, barbudo, borrachín y colérico.

Y cuando me entero de que el gobierno ha constituido un comité *ad hoc* para presentar un informe acerca de un problema pendiente, enseguida oigo a los miembros del comité increpándose: ¡cretinos de los Balcanes!, ¡bachibuzuks!, ¡ectoplasmas!, ¡piratas!, ¡analfabetos! y otros alegres insultos de Haddock.

En cuanto a la homonimia, el haddock, que es un abadejo ahumado, no está a la altura del capitán. Una gran victoria del alcohol sobre el agua, constataría Haddock echándose un buen trago de whisky.

Admiración (Admiration)

Me hice hombre cuando empecé a admirar.

Ningún profesor suscitaba mi admiración. Y mucho menos pasión, como confiesan algunos cuando escriben sus memorias. No conocí a ningún profesor que me hiciera acudir a clase entusiasmado y con el que me esforzara por alcanzar la excelencia. Puede que por falta de generosidad. O quizá porque yo todavía no sabía distinguir las palabras que ayudan a vivir de las que sirven para pasar de curso. No era lo bastante maduro ni sensible para dejarme invadir por una vibración, una corriente de aire o una luz algo peregrina.

Tampoco me admiraba a mí mismo. ¡Solo hubiera faltado eso! Tenía mis momentitos de orgullo —un dictado sin faltas, un pase decisivo en el fútbol, un tango bien bailado, un piropo sobre la belleza de mi madre cazado al vuelo por casualidad—, pero nada que me hiciera creer que no pertenecía al rebaño de jóvenes de la posguerra. Y no encabezando la manada, ni a la cola de esta, no, en la avalancha de la multitud.

Admirar no es un don innato. Amar o detestar, adorar o aborrecer, querer u odiar es algo espontáneo. Con el tiempo se aprende por qué, incluso aunque «el corazón tenga razones que la razón desconoce». Si nos devanamos un poco los sesos también lo sabremos. La admiración es un sentimiento mucho más sutil, a la vez estético, intelectual y moral. El gozo que un adolescente experimenta delante de una obra de arte, de un libro o al oír una música es fugaz, mientras que para un adulto la admiración exige un fervor duradero, una constancia del espíritu y del corazón. Debe alimentarse constantemente de nuevos motivos de asombro y fascinación. Y la repercusión de la persona admirada en el comportamiento del joven admirador es grande. Yo nunca sentí tal cosa.

Ya llevaba tiempo afeitándome la barba cuando empecé a mostrar admiración por algunos profesores. Daban clase en el Centro de

Formación de Periodistas de París. Uno de ellos, Michel Chrestien, traductor de profesión, escritor ocasional y erudito por naturaleza, cuyo verdadero apellido era Silberfeld, había elegido el apellido de Chrestien porque, en la novela de Balzac *Los secretos de la princesa de Cadignan*, un republicano que se llamaba así moría en una barricada. Era poco probable, pensaba él, que dos Michel Chrestien terminaran de forma trágica. Lector despiadado, te endilgaba un 1 por una redundancia o por un tópico y un 9 por una sola frase que leía en voz alta varias veces para saborear el hallazgo de estilo en ella. Le gustaba desconcertar, sorprender, divertir, provocar, estimular. A la mayoría de mis compañeros le sacaba de quicio su humor, mientras que a mí su ingenio cáustico y contradictorio me encantaba.

Después de Michel Chrestien he admirado a muchos periodistas, escritores y artistas. No exagero si digo que, en *Apostrophes* y *Bouillon de culture*, yo funcionaba a base de admiración, carburante que extraía de los yacimientos inagotables de los libros. Pero jamás fui adulator ni devoto. He heredado de no sé cuál de mis antepasados una malicia que mi mirada no puede ocultar, que a veces molestaba a profesores y compañeros y a la que Michel Chrestien añadió cierta bondad risueña y guasona.

Abalorio (Affiquet)

No, la pequeña y sencillísima alhaja que le regalé no era una baratija ni un perifollo ni una fruslería ni una quincalla ni una de esas bagatelas que ofrecen por la calle ni una chuchería ni una bujería, aunque esta palabra sea tan salada, y mucho menos era chatarra ni bisutería, no, se trataba de un abalorio, palabra que le añadió singularidad, elegancia y valor a aquel broche de poca monta que ella se prendió de la chaqueta.

¡Ah! (Ah!)

Hubo un tiempo en el que los directivos de la televisión pública veían ilógico que durante las vacaciones de verano se eliminaran de la pequeña pantalla los programas literarios. ¿Los franceses tienen tiempo para leer? Estupendo, ¡vamos a proponerles libros! Fue así cómo Marcel Jullian⁴, y después Claude Contamine⁵, me pidieron que continuara con *Apostrophes*, en un formato diferente, durante los meses de agosto. De este modo, desde 1976 a 1980 hice *Ah! vous écrivez?* (¡Ah! ¿Usted escribe?), un programa de entrevistas de veinte a treinta minutos de duración, en las que normalmente se grababa a novelistas en su domicilio.

Este «¡Ah!» seguido de la pregunta «¿Usted escribe?» expresaba a la vez la sorpresa y la admiración de quien se encuentra delante de una persona que declara tener la ambición de ser escritor. ¡Ah!, no sabía que escribía, nadie me lo había dicho, me lo imaginaba, pero estoy encantado de que me lo cuente, me alegro por usted y qué ganas tengo de leerle...

Hoy no pondríamos ese *ah* entre signos de exclamación. Nos contentaríamos con añadir una coma. Ah, ¿usted escribe? Pero a mí me gusta mucho la exclamación, que en este caso confiere al *ah* más sorpresa, más admiración y que, por otra parte, añadiría dolor, impaciencia, enfado, temor, asco, placer... ¡Ah! y ¡oh!, pequeños por su tamaño, son grandes actores que pueden interpretar toda una gama de sentimientos. Y cuando se duplican ¡ah!, ¡ah!, ¡oh!, ¡oh!, se convierten en magníficos y atronadores Fregoli.

4 Marcel Jullian (1922-2004), fue escritor y fundador de la cadena francesa de televisión pública Antenne 2, en la que se emitió *Apostrophes*.

5 Claude Contamine (1929), trabajó como funcionario para distintos ministerios franceses y posteriormente tuvo varios cargos importantes dentro de la televisión pública de Francia.

Por cierto...

Entre los escritores que pasaron por *Ah! vous écrivez?* —Henri Thomas, Dominique Rolin, Anne Philipe, Maurice Grevisse, Alexandre Zinoviev, Christine de Rivoyre, François-Régis Bastide, Philippe Soupault, Yves Navarre, etc.— hubo tres de los que guardo especial recuerdo:

-Ernesto Sabato, al que grabé clandestinamente durante la Copa del Mundo de fútbol en Argentina, en 1978. Era un opositor declarado y vigilado de la sangrienta junta militar que estaba en el poder.

-Serge Gainsbourg, por su novela *Evguénie Sokolov*. Conversación aparentemente seria y completamente excéntrica.

-Erik Orsenna, en su primera aparición televisiva por su segunda novela, *La Vie comme: Lausanne*. Vivía en el número cincuenta de la calle Sèvres, en la escalera del fondo del patio, quinto piso sin ascensor. Los técnicos resoplaban por tener que subir hasta allí un material que por aquel entonces pesaba muchísimo, sobre todo las cámaras. «Francia ganará a Bélgica por tres goles a uno», me dijo con convicción. Varios días después, el partido confirmó su pronóstico. Posteriormente tuvo más ocasiones para impresionarme, en campos diversos al del fútbol.

Alemán (Allemand)

Si hay una familia francesa de verdad por lo mal que se le dan las lenguas, es la mía. Empezando por mí, que en inglés sacaba unas notas razonables en el escrito y desastrosas en el oral. (Siempre he hablado el inglés como una vaca charolesa). Sin embargo tenemos *eine Ausnahme*, una excepción: Anne-Marie, mi hermana, catedrática de alemán.

¿Qué es este milagro, este enigma?

Al regresar después de cinco años como prisionero en Alemania, mi padre no sabía más de veinte palabras en alemán. Mi hermana nació en 1947, doce años después que yo y siete años más tarde que

mi hermano. Un día, delante de mi madre embarazada, mi padre dijo: «Espero que sea una niña y que de mayor sea profesora de alemán». Anne-Marie se enteró de este deseo profético cuando ella ya estaba enseñando la lengua de Goethe. Podría haber elegido el inglés, pero una estancia en Alemania cuando estaba en el instituto le hizo pasarse al otro lado del Rin. Ella asegura que no se le dan particularmente bien los idiomas —en fin, mejor que a su padre y a su hermano mayor tampoco era difícil—, pero disfrutaba con ellos, le puso empeño y lo consiguió.

Esta vocación oculta la achaco a la influencia psicológica y genética de mi padre. Europeo convencido, él creía que para evitar una nueva guerra entre Francia y Alemania era necesario que las nuevas generaciones de ambos países hablaran la lengua del otro. Además, ¿cómo no imaginar que en el capital genético transmitido a mi hermana había, como herencia de sus cinco años de cautiverio en granjas y *stalags*, algo de la Alemania cultural y eterna escondida bajo el nazismo? La privación de libertad y el distanciamiento de Francia y de su familia dejaron en la tristeza de este buen hombre, a pesar de todo, cierta admiración por ese pueblo cuando dejó de estar embargado por el comportamiento criminal.

>Familia

Amante (Amant)

El amante tiene, por desgracia, una querida. La palabra *amante* sería, junto con *amor*, la palabra más hermosa de la lengua francesa si no tuviera como equivalente, complemento y corolario femenino el vulgar término de *querida*⁶.

Un amante es un hombre que ama a una mujer, que es amado y que mantiene relaciones sexuales con ella. Tanto si esa mujer está

⁶ En francés, como el autor explicará más adelante, no se utiliza el término *amant* en femenino sino que se suele usar otra palabra, *maitresse*, que lleva consigo ciertas connotaciones despectivas.

libre como si está casada, se dirá que es su querida. Sea cual sea su situación familiar, cuando una mujer tiene relaciones íntimas con un hombre que no es su marido, es denominada por la *vox populi* como su querida. Se utilizan también con amabilidad e hipocresía las palabras *amiga*, *amiguita* y sobre todo *compañera*, término convertido casi en oficial porque se nota enseguida que *querida* tiene una connotación peyorativa. Pero estas palabras no ocultan la posición predominante establecida por el uso de *querida*, ya sea a escondidas o a la vista de todos.

El hombre sí tiene una bonita palabra: *amante*. Casado o pareja de hecho, se convierte en *amante*; y soltero, naturalmente, es también el amante. El revestirlo con sinónimos banales como *compañero*, cada vez más utilizado, *amigo* o *amiguito* es una evasión. Nada puede igualar la belleza, la energía sentimental y la virilidad de la palabra *amante*. Sin embargo, pocas mujeres se atreven a decir: «Les presento a A., mi amante». Y pocos hombres tienen la sinceridad intrépida de anunciar que son el amante de...

Amante es una palabra tan brillante, tan fuerte, tan carnal, tan turbadora, tan audaz que los propios amantes sienten cierta vergüenza cuando la pronuncian. Se limita al ámbito privado, sobre todo por escrito: «Mi adorado amante... Amante de mi vida... Mi amante querido... Mi amor, mi amante... Mi recordado amante...». Aunque también aparece en los periódicos en la sección de sucesos. Es ineludible en la literatura: biografías, novelas y poesía.

«Amantes, felices amantes, ¿queréis viajar?

Pues que sea en riveras cercanas...»

La Fontaine, *Los dos pichones*

Valery Larbaud retomó ese *Amantes, felices amantes...* para dar título a una selección de tres relatos que tratan el amor desde una perspectiva melancólica, sin ilusiones. *El amante de Lady Chatterley*, de David Herbert Lawrence y *El amante*, de Marguerite Duras, relatan el descu-

brimiento del placer sexual por parte de unas mujeres a quienes la pasión obliga a enfrentarse a las prohibiciones sociales y al escándalo.

Conclusión: *amante* es una palabra magnífica pero peligrosa, sospechosa moralmente a causa de su carga espermática, de su finalidad regocijante, de los desórdenes familiares y sociales que provoca.

Es lógico que *amante* tenga un femenino. ¡Lástima! *La amante* es una palabra que en francés no se utiliza. Aparece bajo la pluma de Racine, de Proust, en las memorias de los siglos xvii y xviii. A pesar de *La amante inglesa* de Marguerite Duras, a pesar de Michel Houellebecq que la utiliza varias veces en su última novela, *El mapa y el territorio*, la palabra amante, en femenino, no ha conseguido imponerse en el lenguaje popular, salvo entre las lesbianas. Se ha preferido *querida*, que muestra dominación y que está desprovista de gracia y de amor. O *compañera*, que es banal, cutre. *La amante* no se usa tampoco para designar a una mujer que está simplemente enamorada. ¿Por qué este desdén, este rechazo ante una palabra bonita que tiene una evidente legitimidad aunque la amante esté civilmente desarropada?

Por cierto...

Sobre la diferencia entre marido y amante, Balzac, como suele ocurrir, llegó al fondo de la cuestión a partir de una frase: «Es más fácil ser amante que marido, por la misma razón que es más difícil tener ingenio todos los días que decir cosas bonitas de vez en cuando» (*Fisiología del matrimonio*).

Ambición (Ambition)

Aparte de mis sueños de adolescente en los que me imaginaba siendo escritor o jugador de fútbol, yo no tenía ningún deseo lo suficientemente fuerte como para considerarlo una ambición. Con mis

mediocres resultados escolares no podía albergar grandes expectativas. Fue un pariente político lejano quien, al verme a menudo metiendo las narices en los periódicos y en las revistas, me sugirió que me hiciera periodista. Me presenté a la prueba de acceso del Centro de Formación de Periodistas. Para mi sorpresa, fui admitido. Aquello me parecía tal milagro que, cuando llegué a París antes de empezar el primer curso, me pregunté si en la escuela no se darían cuenta pronto de que se habían confundido respecto a mis capacidades.

Por eso, mientras subía caminando por la calle Lyon con mi maleta, decidí que no me alejaría de la estación. Alquilé una habitación abuhardillada y barata en el Hotel City, desde donde podría llegar rápidamente a la estación de Lyon si la cosa no salía bien. No fue hasta mi segundo año en el Centro de Formación de Periodistas cuando, ya seguro de mí mismo, me adentré en París y tomé una habitación cerca de la calle del Louvre.

Convertido en un estudiante brillante, fui el segundo de mi promoción. Esta clasificación me permitía aspirar a unas prácticas en un periódico parisino. Pero ni se me pasó por la cabeza. Yo era lionés y volvería a Lyon. Era mi destino. Me incorporé al diario *Le Progrès* donde, aunque escribí varios artículos, me dediqué sobre todo a componer páginas con las informaciones y las fotos de los corresponsales del departamento de Saona y Loira. Cuatro meses después, me enemisté con la dirección del periódico porque no querían que me marchara a realizar unas prácticas remuneradas en las instituciones económicas y financieras de la región, ya que ambicionaba convertirme en un periodista especializado en economía. ¡Vaya idea descabellada! Mientras que Michel Tardieu, mi compañero de promoción, campaba a sus anchas por la Caja de Ahorros, el Banco de Francia o el Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos, yo me aburría soberanamente en esos lugares.

En Lyon estaba quemado y, como era de esperar, empecé a considerar la posibilidad de hacer carrera en París. Parece que un golpe

de suerte extraordinario me hizo entrar en *Le Figaro littéraire*. Desde entonces la suerte no dejó de acompañarme. Para mí ha sustituido a la ambición. Mis artículos de *Le Figaro littéraire* y *Le Figaro* hicieron que Roger Vrigny⁷ me llamara para la emisora de radio de France-Culture y más tarde para Europe 1. Después de esto, mis crónicas de radio, junto con mis actividades como periodista especializado en el mundo del libro, propiciaron que Jacqueline Baudrier⁸, directora de la primera cadena, deseara asignarme un programa literario en la televisión, asesorada por Yves Berger⁹ y Pierre-Jean Rémy¹⁰. Todo esto sucedió a lo largo de quince años sin que jamás tuviera que mendigar. ¡Increíble!

Este retrato de un hombre sin ambición, que debe su éxito solo a su buena estrella, es sin embargo parcialmente falso. Pues aunque jamás he manifestado ambición a largo plazo con una carrera planificada y una serie de puestos que conquistar, cada vez que me proponían una nueva responsabilidad desplegaba tal entusiasmo y tal brío que la voluntad de salir adelante sustituía a la ambición de forma evidente. Con el trabajo quería justificar la confianza que me habían otorgado y demostrarme que era capaz de afrontar el desafío. Una idea fija, una energía implacable: debía ser intachable, eficaz, talentoso. El mejor.

Mi ambición nunca ha estado orientada al futuro. Siempre se ha concentrado, de semana en semana, en el presente.

7 Roger Vrigny (1920-1997) fue un escritor que participó en varios programas culturales de la radio francesa.

8 Jacqueline Baudrier (1922-2009) fue periodista y ocupó varios puestos dentro de la ORTF (Oficina de Radio y Televisión Francesa).

9 Yves Berger (1931-2004) fue un escritor y editor francés. Entre los años 1960 y 2000 trabajó como director literario para la editorial Grasset.

10 Pierre-Jean Rémy (1937-2010) fue un diplomático y funcionario francés que trabajó en diversos puestos públicos relacionados con la cultura.